

Los clásicos en la calle

Leonardo Martínez Carrizales*

A partir de octubre de 2001, los puestos de periódicos de la ciudad de México nos han ofrecido un raro espectáculo: la venta de la Biblioteca Básica Gredos, una selección del rico y prestigiado acervo editorial de esta casa relativo a la cultura grecolatina. Junto con la primera entrega de la serie, la correspondiente a la *Iliada*, el cliente recibió un prospecto de la colección; en éste, Carlos García Gual escribió un pequeño texto a modo de justificación; un texto cuya idea dominante es ésta: los clásicos grecolatinos se encuentran arraigados en la base de nuestra larga tradición literaria y, a pesar de que "hayan perdido en la enseñanza universitaria actual el puesto privilegiado y central que tuvieron en la Antigüedad y recobraron en el Renacimiento europeo, y ya no los tengamos como modelos constantes para imitar, siguen conservando su añejo esplendor". Esta literatura permanente, como quería Schopenhauer, llega hasta nosotros "con una vivaz extrañeza y una familiar claridad". Notable encomio en una hora en la cual las periferias y las minorías de todo tipo reclaman su derecho a dominar los discursos de la cultura contemporánea.

García Gual es un filólogo de la lengua y la cultura griegas; así, su encomio se antoja como la reivindicación de un gremio. Sin embargo, este hombre de universidad también se ha empeñado en salir a la calle a vigilar la salud pública de sus asuntos como profesional de la enseñanza y la investigación. Veamos en seguida a este litigante de una causa universitaria en puestos de periódicos.

En los años noventa, en algunas universidades europeas y norteamericanas, se llevó a cabo una fuerte discusión a propósito del estatuto reservado a los estudios literarios tanto en el ámbito escolar como en la sociedad abierta. Esta discusión de profes-

sores y críticos asociados a departamentos universitarios de lengua y literatura terminó por conectarse con el auge de las investigaciones sobre los modos y los instrumentos de la lectura a lo largo de la historia de Occidente. El debate se generalizó, salió de los predios de la especialización académica, y terminó por prender en una tierra fértil desde los años ochenta: el examen de nuestra propia civilización a partir de algunas de las instituciones sociales en que ésta parecía apoyarse incommoviblemente: los libros, la enseñanza, los intelectuales, la literatura, la universidad... Este debate dejó su huella no sólo en nuestro acervo ideológico, sino también en nuestros hábitos como practicantes de ciertas disciplinas de estudio.

Reconozcamos al paso que las dependencias de la Universidad Nacional dedicadas a la enseñanza y la investigación literarias no participaron en esta reflexión colectiva, aun cuando es evidente la pérdida de terreno de las humanidades en la cultura y la universidad mexicanas. Deprimidas por las rutinas de su administración y por sus asuntos domésticos, estas dependencias no acercaron a sus comunidades con los autores que cundían a su alrededor: Alvin Kernan, Harold y Allan Bloom, Roger Chartier, Alberto Manguel, David Olson, Fernando Savater, David Denby, Carlos García Gual.

Si, por ejemplo, el profesor de Princeton Alvin Kernan había planteado el problema de la pérdida del lugar privilegiado que la modernidad confirió a la literatura en la sociedad (*The Death of Literature*, 1990); por su parte, el profesor de la Universidad Complutense García Gual condujo el problema al mundo clásico. En los ensayos reunidos bajo el título *Sobre el descrédito de la literatura* (1999), García Gual abogó en favor de los libros clásicos desde un

punto de vista moral, casi personal. Si algún beneficio puede traer consigo la consideración seria de los clásicos, éste ha de ser de índole individual, parece decirnos el profesor español.

Un eco de este mensaje llega hasta nosotros gracias a la Biblioteca Básica Gredos distribuida en los puestos de periódicos. Al decir esto, no incurro en un sentimentalismo de corte populista que yo no sé a qué horas se cruzó con las aventuras más perdurables y profundas de la lectura. No inundar este país de libros no convertirá a sus ciudadanos en lectores, a menos que ante ellos comparezca, de un modo eficaz y sistemático, alguien que enseñe a reparar en los atributos estéticos, culturales y aun éticos de aquel pasaje, pongamos por caso, en que se narra el modo en que el temor se apodera de las rodillas de Héctor, ante el

* Escritor y crítico literario

Jóvenes promesas

Sergio González Rodríguez*

pecho desnudo de su madre, la súplicas de su padre y la furia inminente de Aquiles. La ingestión de este vino fuerte requiere del consejo de un catador. El poder de los libros clásicos supone la humedad de una dosis de cultura humanística dispersa en el cuerpo social, una cuota de sensibilidad intelectual al alcance de todos. Y sospecho que, entre nosotros, los depósitos correspondientes se han desecado.

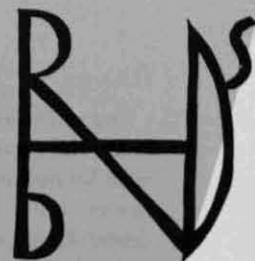
En consecuencia, el espectáculo de los volúmenes de Gredos en las calles debiera recordarnos que las humanidades de corte literario desaparecen poco a poco de nuestra vista, y que esa desaparición afecta nuestro patrimonio cultural, además de nuestras facultades como ciudadanos del milenario Occidente. ¡Menuda pérdida! Se trata de una dolorosa amputación, ya no digamos en nuestros hábitos de cultura, sino de nuestra identidad política. El problema está vivo y la discusión aún no termina. *

Tengo dos amigos —un hombre y una mujer, que, por cierto, no se conocen entre sí—, cuya juventud universitaria llevó el signo del triunfo impreso en su frente.

Hijos de respectivas progenitoras tenaces —sé del predominio en su vida de la figura materna porque el padre aparecía muy poco en nuestras conversaciones—, mis amigos —un hombre y una mujer— fueron llevados de la mano al sendero de los jardines que se bifurcan y ellos decidieron su destino: en lugar de entregarse a la reprobable molición y el hedonismo dispersivo en sus años estudiantiles —como lo hice yo, para desgracia de quienes habían puesto mi nombre muy en alto—, se obsecaron en adquirir el aroma de santidad de jóvenes genios, de esos que los maestros ponen de ejemplo a la chusma que satura las aulas. De esos, sí, que aparecen de pronto como el motivo de alguna historia de Hollywood, tipo *Mentes que brillan* o *Good Will Hunting* —donde actúa Matt Damon dirigido por Gus van Sant— y cosas semejantes. En pocas palabras, optaron por las mieles que otorga don Gabino Barreda. Por mi parte, mi historia en la Facultad de Filosofía y Letras se aproxima a una versión vernacular de *Porky's 3*, filmada por el director de *Cinco nacos en Las Vegas*.

Como se sabe, la medalla al Mérito Universitario se ofrece a los estudiantes de prístino promedio en sus calificaciones —el supremo respecto de sus compañeros—, y quien gana esta presea entra en el mausoleo de las causas perdidas de antemano: los (o las) jóvenes promesas. Y digo causas perdidas porque, por una razón u otra, mis amigos —un hombre y una mujer— que en su correspondiente y distinto momento recibieron la corcholata Gabino Barreda han sido, durante más de un periodo extenso de su vida postuniversitaria, carne del desempleo que estraga incluso a los mejores del país, personas desdichadas y solas.

* Crítico, narrador, ensayista y guionista



AEROPUERTO

